

XXIX

La mujer del colono se apresuró á echar un leño más en la chimenea.

El paraje aquel era conocido por el Cortijo de los Perros.

Un buen consejo: no compreis jamás tierras que lleven semejante ó parecido nombre.

La mujer era morena, angulosa y delgada. Tendría unos cincuenta años.

El hombre, grueso, bajo y de semblante curtido. Los dos eran de mirada viva y penetrante.

Parecian dos bohemios, quemados, cocidos por el sol y el aire, demasiado fuertes. La miseria quema y aja desde temprana edad, como el sol de los países cálidos.

La casa no contenía mas ajuar que el estrictamente necesario.

Los Gossard y sus ascendientes vivian allí desde tiempo inmemorial. Y era aquel el peor paraje de Chevagnes y, sin duda alguna, de todo el país. Pero le tenían el mismo apego que los esquimales á los hielos, los patagones á sus desnudas y ásperas rocas, y vivian penando, vegetando, sembrando sin recoger y comiendo un pan demasiado caro ¡si se tiene en cuenta la suma de labor que supone!

Jamás tuvieron suerte.

Los perseguía implacable la fatalidad.

Gossard era chalan, é iba de feria en feria comprando y revendiendo malas bestias, y perdiendo al día siguiente lo que ganara l

víspera; era sóbrio, económico y como ya hemos dicho, poco afortunado en negocios.

—¿Estais solos?—preguntó el marqués.

—Sí, señor.

—¿Dónde están los otros?

—Un hijo en el regimiento de la Loire; el otro en el pueblo, á saber qué ocurre.

Los Gossard miraban con curiosidad al general, que sin gorra y manchado de fango el uniforme, resultaba un tipo singular.

—Voy á deciroslo todo, no quiero engañaros—repuso el marqués.—Aquí teneis al general Von Gœben, que manda el destacamento que ha ocupado el pueblo y el castillo. Este no existe ya; pereció sumergido por los Tremor y los Souvray, que han hecho saltar el dique del estanque.

—¡El diluvio!—dijo la Gossard, pensando en la leyenda.—¡Qué lástima, un edificio tan hermoso!

—Yo estaba dentro. Creo inútil deciros que no siento ningún afecto por nuestros enemigos los prusianos; creo, fundadamente, que han inundado la casa por ellos y por mí. Nos hemos salvado milagrosamente. Por motivos particulares, deseo que mi salvación permanezca ignorada. ¿Quereis dejar de ser pobres?

Los ojos de la Gossard parecían de fuego.

—Eso no puede ser—dijo el colono.

—¿Quereis?—repitió el marqués.

—Eso no se pregunta, siempre que no haya nada malo que hacer.

—Nada. ¿Cuánto me debeis?

—¡Oh! muchas anualidades, señor marqués.

—Os las devuelvo. Dadme pluma y papel. La mujer no se lo hizo repetir dos veces.

—¿Teneis algún carruaje?—preguntó Oliverio.

—Un carricoche que no me atrevo á ofrecer. Está muy deteriorado, pero rueda si hace falta.

—¿Y caballos?

—¿Dónde hay que ir?

—Bastante lejos.

—Mis matalones os llevarán á Nevers, y si es preciso, hasta Bourges. Tienen buenas piernas.

—¿Y trajes para cambiarlos por estos?

Los Gossard se miraron con ansiedad.

Su armario estaba mal surtido... si es que había armario.

—Si no sois muy exigente,—dijo el marido.

—Basta con que haya ropa limpia.

—Busca—ordenó el marido á la mujer—lo mejor que haya: ¿Y después, señor marqués?

—Vais á llevarme á Autun, por Chateau-Chinon. No direis una palabra á nadie de esta expedición, ó la explicais como os plazca, sin pronunciar mi nombre. Quiero que me crean en el otro mundo durante algunas semanas, ó algunos meses quizá.

—Sí, señor marqués.

—El general ha tenido la suerte de salir con bien de este apuro. Al enemigo vencido

se le respeta. No le guardeis rencor, Gossard. Lo llevareis al mismo tiempo que á mí, sin ocuparos de su condición. Está fuera de peligro; mejor para él. Y ahora, escuchadme.

Los dos náufragos—puesto que el marqués y su compañero no parecían otra cosa—extendieron sus trajes frente al fuego que ardía á todo arder en la chimenea y los secaban, al paso que se calentaban ellos.

La Gossard volvió trayendo un lio de ropas de ningún valor, pero que podían usarse en caso de necesidad.

Fijaba ansiosa los ojos en aquel hombre, que representaba para ellos la fortuna.

El colono, más dueño de sí, se preguntaba á qué precio compraría el marqués un servicio que no ajustaba.

Es oportuno decir que desde larga fecha existía entre los Taunay y los Gossard una especie de lazo de familia; que los Taunay, cuando iban de caza por aquel paraje, compadecían á los desdichados que vivían en tan miserable cortijo, y que jamás les apremiaron á que pagaran lo que tanto les costaba ganar.

Oliverio garabateó al correr de la pluma un recibo de los arrendamientos vencidos y se lo entregó al colono. Y redactó otra nota, declarando que permitía á los Gossard y sus hijos explotar la propiedad aquella durante diez años sin censo ninguno; nota que también entregó al colono.

Este empezaba á extasiarse.

—Es demasiado, señor marqués,—dijo.— ¡Es demasiado!

—Esperad.

En una tercera hoja de papel firmó además un bono de diez mil francos, á pagar dos meses despues, á los esposos Gossard, por su administrador, por servicios recibidos.

—¿Estais contentos?—preguntó.

¡Si estaban contentos! Aquello era el mañana, cayendo del cielo á los hambrientos hebreos.

—No olvidaré vuestra buena voluntad,—añadió el marqués.

Y volviéndose á Von Goeben, dijo:

—En cuanto á vos, general, sois mi prisionero y os trataré mejor, sin que esto implique censura, que vos me habeis tratado.

En la casucha de los Gossard parecía que se hallaban á cien leguas de los sucesos que devastaban el país.

El marqués acababa de secarse al fuego, avivado para él, mientras que el colono daba un puñado de avena al rocín que había de llevarlos á Autun.

A las tres y media de la madrugada, el general Von Goeben se había trasformado en una especie de mercader del país, de no muy buena facha; mientras que el marqués, con su traje cepillado y limpio lo mejor que se pudo, y con un sombrero de castor, que era del hijo soldado, parecía un pobre abogado de provincias, que no tiene crédito alguno con el sastre y el zapatero.

Un carricoche horrible, tirado por fantástico jaco, esperaba á la puerta.

Gossard sostenía las dos cuerdas que hacían las veces de riendas.

—No tengais cuidado, esto rodará. El animal trota admirablemente.

La mujer se hubiera puesto de rodillas al paso del amo, cuando éste subió al carruaje.

Poco despues, y cuando iba á echarse en el miserable lecho, entró su hijo que volvía del pueblo.

En aquel momento los del carruaje se hallaban á un cuarto de legua de distancia.

—Ya sabies,—dijo el muchacho—todo ha concluido; no más castillo, ni más prusianos. El asunto no ha podido estar mejor dirigido. Esto se le debe á maese Chadouin. ¡Pero hay que lamentar una desgracia! ¡no más marqués tampoco! La pequeña Fargeas no ha estado casada mucho tiempo...

—¡Es triste!—dijo la Gossard—nuestro amo no era del todo malo. Puede que no haya perecido.

El hijo movió la cabeza con aire de duda.

A las cinco y media el carruaje se detenía en Chateau-Chinon, frente á la casa del señor Delaroque, que despertó sobresaltado.

Media hora despues salía de allí trajeado de otro modo y cubierto con el gaban de pieles del notario; mientras que el general, vestido tambien de nuevo, y completamente afeitado, parecía un mayordomo de buena casa.

El carricoche se puso otra vez en marcha y atravesó de un extremo á otro Chateau-Chinon, cuyos habitantes dormían profundo sueño.

Creemos inútil decir que Delaroque, á quien el marqués recomendó absoluta reserva, puso, no solamente su ropa toda, sino la caja y todo cuanto poseía, á disposición de aquel cliente, que le acababa de proporcionar pingües ganancias.

A las nueve y media de la mañana hacían su entrada en Autun, sin gloria, pero sin llamar la atención de nadie, por aquello de estar todos muy acostumbrados á ver, los días de mercado, llegar muchos carruajes de todas clases. Se detuvieron en el hotel de los Tres Reyes, antigua y bastante buena posada.

Algunos ociosos que estaban en el patio del hotel se dedicaban á comentar las últimas noticias, que eran de sensación.

El marqués y el general procuraron no ser vistos, entrando en la cocina del hotel.

Si hubieran podido asomarse á una ventana del primer piso en el momento mismo que llegaron, he aquí lo que hubieran visto:

XXX

Un joven de blanquísimo semblante levantaba la cortina de su habitación.

Al ver al señor de Taunay y á su compañero, frunció el ceño, y su fisonomía expresó verdadera contrariedad, casi ira.

Se apresuró á esconderse para que no le vieran, y dejando caer la cortina, llamó con voz breve:

—¡Giuseppe!

Un señor de aspecto grave, muy respetable, con el largo cabello abundoso y cano; de afeitado rostro, empolvado como el de una viuda rica, con extremado aliño, y que podía pasar lo mismo por ministro anglicano, elegante caballero, ó acaudalado notario retirado, se levantó y dijo:

—¡Princesa!

El joven hizo un movimiento de impaciencia.

—No olvidéis vuestro papel, os lo ruego. Sois el conde Giuseppe Rovero y yo vuestro sobrino. Es necesario que permanezcáis solo y que yo desaparezca.

El conde Giuseppe Rovero, ó más bien Giuseppe á secas, el criado de confianza de la princesa Wanda Cavalli, inclinóse, esperando á que su señora le explicara la necesidad de esto.

—¿Sabeis á quien acabo de ver entrar en esta posada, Giuseppe?

—No.

—Un hombre cuya desaparición me ofreció el conde de Souvray.

—¿El señor marqués de Taunay?

—El mismo, y también al bruto del general Von Gœben, que desde hace tanto tiempo me persigue con sus galantes pretensiones.

El respetable anciano abrió desmesuradamente los ojos.

—¿No adivináis, Giuseppe, lo que eso significa?

—Confieso que no.

—Pues no sois tan tonto. Eso significa

que el plan del conde y sus amigos no ha tenido el apetecido resultado; que el marqués se les escapa, y que es llegada la ocasión en que yo debo mezclarme para terminar mi obra.

Y golpeó el suelo con el pie.

—¡Ah, estos franceses—repuso despechada—no saben ni odiar, ni matar al enemigo! Tienen escrúpulos, delicadezas, remordimientos. ¡En fin, que este Oliverio ha salido del apuro! Pues á nosotros nos toca obrar ahora.

—¿Qué misión me destináis?

—¡Qué se yo! ¡Cuánta razon tenía en dudar y en querer venir! Sin embargo, la presencia de ese hombre aquí, me sorprende. Ignoro qué ha sucedido. He advertido al conde de mi presencia. Ayer fué el casamiento del señor de Taunay. Yo hubiese querido hallarme cerca de él, verle y echarle en cara todas sus cobardes mentiras. Pero no me atreví. Además, me pareció mucho mejor ese Souvray; lo creí más resuelto, más firme. ¿Qué ha sucedido? El va á decírmelo en seguida. En tanto, podeis bajar siempre á la sala baja de la fonda, tratar de saber las intenciones del marqués y de su compañero, dónde van y cómo viajan. ¡Ah! No dejéis de preguntar, discretamente, el número de la habitación de Von Goeben, sin nombrarlo, puesto que se oculta bajo un disfraz. Vendreis á decírmelo. Yo avisaré. Id.

Volvió á asomarse á la ventana, y observó á través de las cortinas lo que pasaba fuera.

Un ginete entraba en la fonda.

El caballo parecía rendido de fatiga.

El hombre dió las bridas al mozo de cuadra, y preguntó á una sirvienta:

—¿El señor conde Rovero?

La muchacha, enseñándole un balcón de madera que ocupaba toda la fachada del primer piso, contestó:

—Número 16.

Eutónces el ginete subió la escalera y llamó á la puerta por donde acababa de salir el del cabello blanco.

El recién llegado vestía casaca color verde oscuro, llevaba botas altas, como un cazador, y en la cabeza una gorra redonda, en la cual había, bordado en oro, un cuernecito de caza.

Era La Briseur.

Quando se halló frente al jóven, dijo:

—¿El señor conde Rovero?

—¿Qué deseais?

—De parte del señor de Souvray—repuso, al mismo tiempo que entregaba una carta.

La princesa recibió el papel con indiferencia.

Mientras rompía el sobre, estudiaba la fisonomía del enviado. Luego leyó, de una ojeada, las dos líneas del conde.

Ella estaba mejor enterada que él.

—El señor de Souvray me dice que sois persona de confianza—comenzó diciendo—y que me dareis las noticias que necesito.

¿Estais á su servicio?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho tiempo?

—Desde la infancia.

—¿Qué haceis en su casa?

—Soy ojeador, caballero.

La Briseur no se acostumbraba á llamar caballero á un ser así, tan fino, tan delicado y bonito como aquel que le interrogaba con voz clara é imperiosa, pero dulce como el canto del ruiseñor.

Los rubios cabellos de aquel joven no podían pertenecer sino á una mujer. Sus manos, tan delgadas, y blancas, no eran las de un muchacho.

La Briseur no era otra cosa que un rústico, pero veía claro.

¿Comprendía, pues, el misterio de aquel disfraz, y se contentaba con admirar?

—¿Ojeador?—siguió diciendo ella.—Habitaís en medio de los bosques.

—Nuestro país está cubierto de ellos, por todos lados.

—¿Y los señores de Sauvray, son buenos cazadores?

—Sí, señora.

La Briseur, á pesar de su inmejorable voluntad, había equivocado, la palabra con tanto mayor motivo cuanto que su mirada, que en aquel momento se fijaba en el cuerpo de la princesa, le obligó á pensar que era demasiado delicado para pertenecer al sexo masculino.

Ella se sonrió.

—Decid, caballero, para obligarme más—dijo ella con dulzura.

Y continuó:

—¿Pero suelen errar el tiro?

—¡Como los demás, señor!

La princesa, satisfecha de su maliciosa alusión, añadió despues de reflexionar un momento:

—¿El casamiento del señor de Taunay se ha celebrado ya?

—En el día de ayer.

—¿Dónde está la marquesa?

—Fué sacada del castillo por unos amigos que la libraron de una muerte cierta.

—¡Oh, cierta! ¿Por qué no se llevaron al marqués al mismo tiempo?

—Sin duda porque las personas que se interesaban por la marquesa abrigaban otros sentimientos respecto al marido.

—¿Le odiaban?

—Eso creo.

—Se explica. Vuestro amo me escribe que la cosa fué admirable.

—Soberbia, señor. Una infinidad de prusianos ahogados.

—O desaparecidos...

La Briseur miró á la princesa.

Era evidente que se burlaba... ¿De quién?

—Os aseguro—continuó—que fué soberbio. Un torrente barriéndolo todo... hombres y caballos.

—¿Y el señor de Taunay estaba encerrado?

—Puedo confiar al señor que ni aun teniendo alas hubiera podido escapar. Le ataron al montante de una sólida puerta. Sólo un milagro...

—¿Y el general Von Gøeben?

—Debe hallarse al abrigo de las balas en el fondo del agua. Ya no incendiará más pueblos.

—¿Vais á volver al lado de vuestro amo?

—En cuanto la señora... quiero decir el señor, me dé permiso para irme.

—Entonces, amigo mío, podeis iros en seguida.

La polaca escribió de prisa las siguientes líneas:

«Mi querido conde:

»Conozco muertos que viajan y milagros en los cuales es forzoso creer.»

»Los muertos que vos matais gozan de buena salud.

»Es preciso confesarlo. Hago justicia á vuestras intenciones y reconozco que son buenas, mas confío en que las mías serán más eficaces. ¿Tendrán las mujeres más talento que los hombres?

»Mil enhorabuenas...

»W. C.»

Cerró el sobre.

—Para el señor Roberto de Souvray—dijo.—Espero enviarle muy pronto más noticias.

Añadió cinco luses á la carta, que dió al ojeador, y le despidió.

Al salir tropezó con el digno conde Giuseppe Rovero, que regresaba de su exploración.

—¿Y qué hay?—preguntó la princesa.

—He visto al marqués y al general. No me han conocido.

—Me hubiera sorprendido lo contrario. La respetabilidad no es, las más de las veces, mas que cuestión de traje. De un criado, puede un sastre, que sea artista, hacer un barón ó un alguacil, segun como maneje la tijera. ¿Qué más?

—No sé todavía cuáles son sus intenciones.

—¿Dónde está el general?

—Acaba de subir á su habitación.

—¿Qué número ocupa?

—El trece. Ultimo balcón.

—¿Y el marqués?

—Salió.

—Está bien.

La princesa se puso un sombrero de castor, cubrióse el cuerpo con largo chaquetón y salió, diciendo al conde Giuseppe:

—Esperadme.

Encontró sin dificultad ninguna el número 13, y llamó á la deteriorada puerta.

Una voz fuerte gritó:

—Entrad.

Von Gøeben escribía, sentado frente á uno de esos detestables *secrétaires*, que tanto abundan en fondas de esa clase.

Había envejecido diez años en dos días, y su humor no era ya alegre.

El desastre sufrido le tenía inconsolable.

Volvióse para mirar al recién llegado.

Desde luego pareció sorprendido, querien-

do reconocer [aquella fisonomía; luego, su mirada fué poco á poco iluminándose. Se levantó precipitadamente, y fué al encuentro de la princesa con las manos extendidas.

—¿Vos?—exclamó.

—¡Yo! Creí que no me conoceríais; me consideraba humillada.

—¿Cómo es que estais aquí?

—De incógnito, como vos, general.

—¿Pero por qué? ¿Con qué objeto?

—Ese es mi secreto... ¿Qué estabais escribiendo?

—Una relación exacta...

—¿De vuestro desastre?

—¿Qué? ¿Sabeis?...

—Hasta los menores detalles.

El general volvió á caer abatido en el asiento.

—Mi carrera ha concluido—añadió.—Estoy deshonrado.

—¡Vamos!

—Como lo estais oyendo. ¡Deshonrado!

—Eso no es posible cuando uno ha cumplido con su deber. No perdais la cabeza, amigo mio. Por una desgracia...

—¡Lamentable!

—¿Quién no sufre reveses? Además—añadió, sentándose cerca de él—si la gloria os abandona, ese humo no es todo en la vida.

—¿Qué quereis decir?

—Escuchadme.

La bella polaca sonrió al general con femenil malicia.

Esta sonrisa conmovió al prusiano y le hizo olvidar su derrota.

Y al mismo tiempo la recordaba vestida en traje de baile, hermosa cual ninguna, en el palacio de la avenida Montaigne ó en el de Venecia.

—¿Me amais verdaderamente, general?—preguntó ella de repente.

—Me parece que bastante os lo he demostrado. Yo, que no estoy contento sino en mis cacerías y en mis tierras, he recorrido el mundo entero por seguiros. Y, sin embargo, jamás enamorado alguno se ha visto rechazado con igual obstinación.

—Estaba interesada por otro. Amaba, y yo no soy de las que pertenecen á dos á un tiempo.

—Feliz el hombre á quien preferisteis.

—No lo merecía.

—Eso he pensado muchas veces. ¿Qué sacrificio ha hecho por vos? Mientras que yo hubiera sido capaz de dejar el antiguo castillo de mis padres para vivir en París, que detesto, ó en Venecia, que tampoco puedo ver. Yo hubiera hecho locuras de joven á la edad en que todo hombre debe ser formal; yo lo hubiera abandonado todo por seguiros, renunciando á mi independencia...

—¿Y ahora?—preguntó ella, fijando en él su hermosa mirada.

—Ahora...—repitió él vacilando.—¿No amais ya, princesa?

—Al contrario.

—¿Odiais?

—Mortalmente.

—¿Por qué?

—Porque me han engañado, se han burlado de mí; porque ese amor, en que cometí la tontería de creer, no ha sido sino repugnante mentira, vergonzosa comedia; porque, en fin, el hombre á quien me entregué y ofreció ser mi marido, se ha reído de mi candidez, prefiriendo á una rival indigna. Ya conocéis mi franqueza. Confieso mis sentimientos, y nada oculto.

—¿El marqués?...

—El mismo, el marqués, vuestro compañero. Se trata de él. ¿Me habeis conocido otro amante? Yo era viuda. La marquesa, por su enfermedad, estaba herida de muerte. Debíamos unirnos. Yo iba de buena fe, él mentía. ¿Por qué no os habré escuchado á vos? ¡Erais sincero!

—No lo dudeis. Y puesto que sois libre...

El general se puso encarnado como la grana.

—¿Adónde vais á parar?

—Apenas me atrevo á decirlo. Es preciso que esteis aquí, á mi lado, en esta humilde habitación, y que me deis valor con la fuerza de esa mirada que...

—Acabad.

—¿Os burlais de mí?

—Nada de eso.

—Me arriesgo. Borraremos el pasado y os repetiré lo que os he dicho tantas veces...

—¿Qué?

—¿Accedeis á cambiar vuestro nombre y

vuestro título por el de condesa de Von Gøben?

—¡Casaros conmigo! Eso fuera un heroísmo de vuestra parte ..

—¿Y si ese heroísmo me agrada?

—Me conmoveis. Sepamos; si acepto, ¿cómo viviremos?

—Debo advertiros que seré un celoso feroz.

—¿Se puede amar sin sentir celos?—exclamó ella suspirando.

—Os llevaré al fondo de mis tierras, de mis bosques.

—¿Qué más cláustro que mis dominios de Polonia?

—¿Pero renunciariais á París, al mundo, á brillar como las estrellas, á las cuales tanto os pareceis?

—Sin pena alguna. Sin embargo, debo ser franca. Antes de condenarme á esa vida de reclusión, tengo un deber que cumplir conmigo misma, y para llevarlo á cabo necesito de vos.

—¿Qué debo hacer para mereceros?

—Poca cosa.

—¿De qué se trata?

—De no negarme un favor y guardar un secreto.

—Hablad.

—¿Estais preso?

—Bajo palabra... Acabo de comprometerme por escrito á no servir en el ejército hasta la paz, que no debe tardar en celebrarse. Mediante la cual me dejan en libertad de ir donde me plazca.

—Accompagnais al marqués?

—Me lo ha propuesto.

—¿A dónde va?

—Nos dirigimos á Ginebra, por el camino más corto.

—Aceptad. Yo deseo tener una última explicación con el señor de Taunay; pero ha de ser de improviso, en el lugar que yo elija; quiero conocer su itinerario.

—Me pedís que cometa una bajeza.

—Solo se trata de una amabilidad.

—Decid más bien de una traición.

—Será posible; pero, ¡es tan insignificante!... ¿Qué hombre verdaderamente enamorado no comete otras mucho mayores con tal de agradar al objeto amado?

—¿Es la única que exigís?

—Eso es todo. Olvidaba un detalle. Hay en este hotel un italiano, el conde Giuseppe Rovero.

—No he oído jamás pronunciar semejante nombre.

—Es un anciano, antiguo amigo del príncipe, muy rico. Si quiere entablar conversación con vos, sed amable, y si os hace cualquier ofrecimiento, no lo rehuséis. No tendréis que arrepentiros.

—¿Qué seductora sois! Es preciso obedeceros. Pero decidme al menos si obtendré recompensa.

—No tengo más que una palabra. ¿Habeis comprendido?

—Me ofenderíais dudando.

—Yo desaparezco. Es necesario que el se-

ñor de Taunay ignore mi presencia. No hay más remedio. ¿Me entendéis? No me habeis visto ni os acordais siquiera de que existo en el mundo.

—Convenido.

—Adios, general.

—No. Hasta la vista.

Tomó la mano de la princesa y la contempló largo rato aspirando.

—No es posible que estas manos puedan parecer de hombre.

—¿Qué importa! He llegado ayer por la noche. Nadie me ha visto ni me verá.

—Confesad que os proponéis hacer algún daño al marqués.

—¿Cuándo llegará ese momento! Confío en que no seáis como él... mi enemigo.

—Dios me libre.

—¿Queréis que os confie mis propósitos?

—Prefiero ignorarlos.

—No me consideraré libre hasta el día en que una barrera infranqueable me separé del hombre que puede reirse de mí, ¡porque me he dejado engañar!

—Me haceis temblar.

—Pues ya lo sabeis. Soy de bronce para la fidelidad; de acero para el odio. Complaceme y seré leal para vos.

Y acercándose al oído del general prosiguió:

—Ese el precio de mi mano. Obedeced y... consolaré vuestros contratiempos.

—Sois la diosa del amor.

Le dejó aturdido, vencido de nuevo, em-

briagado con su perfume, sus promesas, y sus sonrisas.

—¿Qué violencia!—pensaba él.—Pero ¡qu hermosa es!

Wanda volvió á su cuarto.

El conde Rovero no había abandonado su puesto.

—Giuseppe—dijo ella,—el marqués y el general van directamente á Ginebra. Esta debe ser también vuestra intención.

—Como gustéis.

—Yo me voy. Me encontrareis en vuestro camino, cuando menos lo esperéis.

Abrió una carta geográfica y trazó una línea.

—Pasareis por Louhans, Saint Claude de Moirau y Gex. Es el camino recto. ¿Comprendeis?

—Perfectamente.

—Gastad todo el dinero que haga falta. Os dejo mi gente. Stéfano se queda conmigo. Si ocurre algo, él os advertirá. Sed inteligente.

El conde Giuseppe Rovero sonrió maliciosamente.

—Lo procuraré—contestó.

—Esa será nuestra última campaña. Tales emociones no me suponen nada.

—¿Cómo viajareis?

—Tengo mis caballos de silla. Además, eso corre de mi cuenta. Os dejo un magnífico carruaje. Ofrecédselo al general y al marqués.

—¿Y si no lo aceptan?

—¿Por qué han de rehusar el generoso

ofrecimiento de un caballero tan digno de inspirar confianza?

—¿Y si no aceptan?

—En ese caso, les séguireis de etapa en etapa; pero de seguro aceptarán.

—Bien.

—Hé ahí un hombre—pensó el respetable Giuseppe,—cuya vida pende de un cabello.

Y se fué tranquilamente á dar sus órdenes y á hacer los preparativos de viaje.

XXXI

Cuando La Briseur, montó de nuevo á caballo en el patio de la posada de los Tres Reyes para emprender el regreso, iba descontento.

Las ironías del aquel joven, que parecia una mujer, le causaron mal efecto.

Así es que al ir atravesó alegremente, apesar de la nieve, las nueve leguas que separan Souvray de Antun. Iba animado por el éxito, mejor dicho, por la victoria. Pero en cambio, al volver llevaba en el ánimo la penosa impresión que le produjeron las burlas de la Princesa, como una ducha de agua helada para su entusiasmo; y calculaba, no sin fundamento, que la carta á su amo debía contener una decepción.

A mitad de camino le sorprendió copiosa nevada; y esto contribuyó á hacer más tristes sus pensamientos.

Así es que, sin dar un solo latigazo al ca-